

dían á cuatro personajes: un Cuestor de la Cámara de Diputados, un miembro del Consejo general del Aube, un delegado de las hullas, y Fumichon, como amigo. El coche del difunto y doce más de luto seguían. Los convidados, detrás, llenaban el centro del bulevar.

Para ver todo aquello, se paraban los transeúntes; mujeres con sus chiquillos en brazos, se subían en sillas, y gentes que tomaban copas en los cafés se asomaban á las ventanas, con un taco de billar en la mano.

El camino era largo, y (como en las comidas de ceremonia en que se está reservado al principio y después expansivo) la actitud general flaqueó muy pronto. No se hablaba más que de la negativa de subsidio dada por la Cámara al Presidente.

Piscatory se había manifestado demasiado acerbo, Montalembert, «magnífico como de costumbre», y los señores Chambolle, Pidoux, Creton, y la comisión toda, quizás hubieran debido seguir la opinión de los señores Quentin-Bauchard y Dufour.

Aquellas conversaciones continuaron en la calle de la Roquette, sembrada de tiendas, donde no se ven más que cadenas de vidrio de color y rodelas negras cubiertas de dibujos y letras de oro, lo que les daba parecido con grutas de estalactitas y almacenes de porcelana. Pero

delante de la reja del cementerio todo el mundo se calló, instantáneamente.

Elevábanse las tumbas en medio de los árboles, columnas destrozadas, pirámides, templos, *dólmenes*, obeliscos, panteones etruscos con puerta de bronce. Veíanse en algunos, especies de gabinetes fúnebres, con sillones rústicos y sillas de tijera. Las telarañas colgaban como guiñapos de las cadenillas de las urnas; y el polvo cubría los lazos de cintas de raso, y los crucifijos. Por todas partes, entre las balaustradas, sobre las tumbas, coronas de siemprevivas y candeleros, vasos, flores, discos negros con letras doradas, estatuas de yeso, niños, niñas ó angelitos suspendidos en el aire por hilo de alambre; muchos hasta tenían un tejado de zinc sobre la cabeza. Cordones enormes de cristal hilado, negro, blanco y azul, descendían de lo alto de los monolitos hasta el pié de las escaleras, con largas roscas como boas.

El sol, quebrándose encima de todo aquello, lo hacía relucir entre las cruces de madera negra; y el ataud, avanzaba en los caminos principales que están empedrados como las calles de una ciudad. De cuándo en cuándo crugían los ejes. Mujeres de rodillas, cuyo traje se arrastraba por la yerba, hablaban dulcemente á los muertos.

Blanquecinos vapores salían por entre el

verdor de los tejos; eran ofrendas abandonadas, restos que se quemaban.

La fosa del Sr. Dambreuse estaba próxima á las de Manuel y Benjamín Constant. El terreno baja en aquel sitio por pendiente abrupta; al pie se ven cimas de árboles verdes, y más lejos chimeneas de bombas de incendio y después toda la gran villa.

Federico pudo admirar el paisaje mientras se pronunciaban los discursos. El primero, en nombre de la Cámara de Diputados, el segundo en nombre del Consejo general del Aube, el tercero, en nombre de la Sociedad hullera de Saône-et-Loire, el cuarto en nombre de la Sociedad de agricultura del Yonne; y hubo otro, en nombre de una Sociedad filantrópica. Por fin, ya se iba la gente, cuando un desconocido se puso á leer un sexto discurso, en nombre de la Sociedad de los anticuarios de Amiens.

Y todos aprovecharon la ocasión para tronar contra el socialismo, del cual había muerto víctima el Sr. Dambreuse. El espectáculo de la anarquía y su afecto al orden eran lo que abreviaron sus días. Se elogiaron sus luces, su probidad, su generosidad y hasta su mutismo como representante del pueblo, porque sino era orador, poseía en cambio aquellas sólidas cualidades, mil veces preferibles, etc... con todas las frases que es preciso decir: «Fin prematuro;

eterno pesar; la otra patria; adiós, ó más bien, no, hasta la vista.»

La tierra, mezclada de gujarros cayó, y ya el mundo no volvería á ocuparse del difunto. Aun se habló de él un poco volviendo del cementerio, y no se reservaba la gente al apreciarle. Hussonnet, que debía dar cuenta del entierro en los periódicos, hasta repitió en broma todos los discursos; porque, en fin, el buen hombre de Dambreuse había sido uno de los *potdevinistes* más distinguidos del último reinado. Después los coches del duelo se llevaron á los burgueses á sus negocios, felicitándose de que la ceremonia no había durado demasiado.

Federico, cansado, entró en su casa.

Cuando al día siguiente se presentó en el hotel Dambreuse, le manifestaron que la señora trabajaba abajo, en el despacho. Las cajas, los cajones, estaban abiertos y revueltos, los libros de cuentas tirados á izquierda y derecha, un rollo de papeles que llevaba el título de «Reintegros desesperados», andaba por el suelo; á punto estuvo de caerse encima y lo levantó. La señora de Dambreuse desaparecía escondida en el sillón grande.

—Y bien, ¿dónde está usted, qué hay?

Ella se levantó de un salto.

—¿Lo que hay? Que estoy arruinada, arruinada, entiendes?

Adolfo Langlois, el notario, la llamó á su estudio y le comunicó el testamento de su marido, escrito antes de su matrimonio. Legaba todo á Cecilia, y el otro testamento se había perdido. Federico se puso muy pálido. Sin duda habría buscado mal.

—Pero mira —dijo la señora de Dambreuse enseñándole la habitación.

Las dos cajas abiertas á golpes de hacha y mazo, estaban rotas, el pupitre fuera de su sitio, registrados los papeles y los legajos; de repente lanzó un grito agudo y se precipitó hacia un rincón en que acababa de percibir una cajita con cerradura de cobre; la abrió, y nada.

—¡Ah, el miserable! Yo que le he cuidado con tanto desinterés.

Y estalló en sollozos

—Quizás esté en otra parte—dijo Federico.

—No; estaba ahí, en una caja; lo he visto recientemente. Lo ha quemado, con seguridad.

Un día, al principio de su enfermedad, el Sr. Dambreuse había bajado para echar algunas firmas.

—Y entonces habrá dado el golpe.

Y se dejó caer en una silla, aniquilada. Una madre de duelo no se lamentaba más junto á una cuna vacía, que la señora de Dambreuse ante las cajas abiertas. Por fin, su dolor, á pesar de la bajeza del motivo, parecía tan profundo,

que Federico procuró consolarla diciéndola que después de todo, no se encontraba reducida á la miseria.

—Es la miseria, puesto que no puedo ofrecerle una gran fortuna.

No tenía más que treinta mil pesetas de renta, sin contar con el hotel que valdría quizás de diez y ocho á veinte.

Aunque aquello fuera la opulencia para Federico, no por eso dejaba de experimentar una decepción. Adios sus sueños y toda la gran vida que pensó en llevar. El honor le obligaba á casarse con la señora de Dambreuse; reflexionó un minuto, y dijo después con ternura:

—Siempre te tendré á tí.

Arrojóse ella en sus brazos, y él la estrechó contra su pecho, con un estremecimiento en que había algo de admiración hacia sí mismo. La señora de Dambreuse, cuyas lágrimas ya no corrían, levantó su rostro radiante de dicha y dijo cogiéndole la mano:

—Nunca he dudado de tí; contigo contaba.

Aquella certidumbre anticipada de lo que consideraba como una hermosa acción, desagradó al joven.

Luego le llevó á su cuarto y formaron proyectos. Federico debía pensar ahora en lanzarse, y ella hasta le dió acerca de su candidatura admirables consejos.

El primer punto era saber dos ó tres frases de economía política; necesitaba escoger una especialidad, como por ejemplo, la cria caballar, escribir muchas memorias sobre una cuestión de interés local; tener siempre á disposición administraciones de correos ó estancos, hacer una multitud de pequeños servicios. El señor Dambreuse se había manifestado en estas cosas un verdadero modelo. Así, una vez en el campo, había hecho pasar su charabanc, lleno de amigos, delante del portal de un zapatero, había comprado para sus huéspedes doce pares de calzado y para él unas botas espantosas que tuvo hasta el heroísmo de llevar durante quince días. Aquella anécdota les puso alegres; contó ella otras y con un grau flujo de gracia, de juventud y de ingenio.

Aprobó su idea de un viaje inmediato á Nogent. Su despedida fué tierna, y sobre el dintel murmuró una vez más;

—¿No es verdad que me amas?

—Eternamente—contestó.

Un mandadero le esperaba en su casa con dos letras en lápiz, anunciándole que Rosanete iba á dar á luz. Había tenido tantas ocupaciones hacía algunos días, que no pensaba ya en eso. Ella había ido á un establecimiento especial, en Chaillot.

Federico tomó un coche y partió.

En la esquina de la calle de Marbeuf leyó en una muestra con grandes letras: «Casa de salud y partos, de la señora Alessandri, comadrona de primera clase, exalumna de la Maternidad, autora de varias obras, etc.»

Y en el centro de la calle, sobre la puerta, puertecilla de quita y pon, la muestra repetía (sin la palabra parto): «Casa de salud de la señora Alessandri» con todos sus títulos.

Federico dió un aldabonazo.

Una doncella, con facha de doncellita confidente le introdujo en el salón adornado con una mesa de caoba, sillones de terciopelo grana y un reló debajo de un fanal.

Casi al punto apareció la señora. Morena, alta, de cuarenta años, delgada, de hermosos ojos, de estilo mundano. Manifestó á Federico el feliz alumbramiento de la madre, y le hizo subir á su cuarto.

Rosanete se puso á sonreír inefablemente, y como sumergida en las oleadas de amor que la ahogaban, dijo en voz baja:

—Un muchacho, allí, allí, designando cerca de su cama una cuna.

Separó él las cortinas y vió, entre las ropas algo de rojo amarillento, extremadamente arrugado que olía mal y gemía.

—Bésale.

El contestó para ocultar su repugnancia:

—Tengo miedo de hacerle daño.

—No, no.

Entonces besó co el extremo de los labios á su hijo.

—¡Cómo se te parece!

Y con sus dos brazos débiles, se colgó de su cuello, con una efusión de sentimiento que jamás había él visto.

El recuerdo de la señora de Dambreuse acudió y se reprochó como una monstruosidad traicionar á aquel pobre ser que amaba y sufría con toda la franqueza de su naturaleza. Durante muchos días la acompañó hasta la noche.

Encontrábase ella feliz en aquella casa desierta: hasta los postigos de la fachada permanecían constantemente cerrados; su cuarto empapelado Persia claro, daba á un gran jardín; la señora Alessandri, cuyo único defecto era citar como íntimos á los médicos ilustres, la rodeaba de atenciones; sus compañeras, casi todas solteras de provincia, se aburrían mucho, no teniendo quien viniera á verlas; Rosanette se penetró de que la envidiaban, y se lo dijo á Federico con orgullo. Sin embargo, era preciso hablar bajo; los tabiques eran delgados y todo el mundo andaba escuchando, á pesar del ruido continuo de los pianos.

Iba por fin á marcharse á Nogent, cuando recibió una carta de Deslauriers.

Dos nuevos candidatos se presentaban, uno conservador y otro rojo; un tercero, quien quiera fuese, no tenía probabilidades. La culpa era de Federico, que había dejado pasar el momento oportuno; debía haber venido antes, moverse. «Ni siquiera te han visto en los comicios agrícolas.» El abogado le censuraba de haber descuidado los periódicos. «Si tú hubieras seguido en otro tiempo mis consejos; si tuviéramos una hoja pública nuestra!» Insistía sobre esto. Por lo demás, muchas personas que habrían votado á su favor, en consideración al Sr. Dambreuse, le abandonarían ahora. Deslauriers era de esos. No teniendo nada que esperar del capitalista, dejaba á su protegido.

Federico llevó su carta á la señora de Dambreuse.

—¿No has estado, pues, en Nogent?—preguntó.

—¿Para qué?

—Es que he visto á Deslauriers hace tres días.

Sabiendo la muerte de su marido, vino el abogado á traerle nota sobre las hullas, y á ofrecerle sus servicios como hombre de negocios. Aquello pareció extraño á Federico; ¿y qué hacía su amigo allí?

La señora de Dambreuse quiso saber el empleo de su tiempo desde su separación.

—He estado enfermo, —respondió.

—Deberías, por lo menos, haberme avisado.

—No valía la pena; además, había tenido multitud de arreglos, citas, visitas..

Desde entonces llevó una existencia doble, durmiendo religiosamente en casa de la Mariscal y pasando la tarde en casa de la señora de Dambreuse, tanto que apenas le quedaba en el centro del día una hora de libertad.

El niño estaba en el campo, en Andilly. Iban á verle todas las semanas.

La casa de la nodriza estaba situada en lo alto del pueblo, al fondo de un patinillo sombrío como un pozo, paja por el suelo, gallinas acá y allá, una carreta de legumbres en el cobertizo. Rosanette empezaba por besar frenéticamente á su angelote, y excitada por una especie de delirio, iba y venía; intentaba ordeñar la cabra, comía pan bazo, aspiraba el olor del estiércol, quería poner un poco en su pañuelo.

Daban grandes paseos; ella entraba en casa de los jardineros, arrancaba las ramas de lilas que colgaban por fuera de los muros, y gritaba: «Arre, borriquillo» á los asnos que tiraban de los carretones, deteniéndose á contemplar por la reja el interior de los grandes jardines; ó bien la nodriza cogía al niño, le ponían á la sombra debajo de un nogal, y las dos mujeres,

largaban, durante horas enteras, pesadas necesidades.

Federico junto á ellas, contemplaba los cuadros de las viñas, en las pendientes del terreno, con la copa de un árbol de trecho en trecho, y los polvorientos senderos parecidos á cintos grises; las casas en medio del verde acusaban manchas blancas y rojas; y á veces, el humo de una locomotora se alargaba horizontalmente, al pié de las colinas cubiertas de follaje, como gigantesca pluma de avestruz cuya ligera punta volara al viento. Después posaba sus ojos en su hijo. Figurábasele joven; sería su compañero; quizás se convertiría en un tonto, un desgraciado seguramente. La ilegitimidad de su nacimiento le oprimiría siempre; más le hubiera valido no haber nacido, y Federico murmuraba: «¡Pobre niño!» con el corazón lleno de una incomprensible tristeza.

Con frecuencia perdían el último tren. Entonces la señora de Dambreuse le reñía por su inexactitud; y él le contaba una historia.

Preciso era inventar otra para Rosanette, que no comprendía en qué empleaba las noches; y cuando enviaba á su casa nunca estaba. Un día que se encontraba en ella, ambas se presentaron casi á la vez; obligó á marcharse á la Mariscal y escondió á la señora de Dambreuse, diciéndole que iba á venir su madre.

Pronto llegaron á divertirse aquellas mentiras; repetía á la una los juramentos que acababa de hacer á la otra, les enviaba ramos semejantes, les escribía al mismo tiempo; luego establecía comparaciones entre ellas; pero siempre había una tercera presente en su pensamiento. La imposibilidad de ternura le justificaba por sus perfidias, que avivaban el placer con la alternativa; y cuanto más engañaba á cualquiera de las dos, más la amaba, como si sus amores se hubiesen reanimado recíprocamente, y por una especie de emulación, hubiera cada una querido hacerle olvidar á la otra.

—Admira mi confianza—le dijo un día la señora de Dambreuse; desdoblado un papel en que se le denunciaba que el Sr. Moreau vivía conyugalmente con una cierta Rosa Bron. ¿Sería quizás la señorita de las carreras?

—¡Qué absurdo!—contestó—Déjame ver.

La carta, escrita en caracteres romanos no estaba firmada. La señora de Dambreuse, al principio, había tolerado aquella amante que ocultaba su adulterio; pero habiendo aumentado su pasión, exigió una ruptura, cosa hacia mucho tiempo realizada, según Federico. Cuando hubo terminado sus protestas, replicó ella, entornando los ojos en que brillaba una mirada semejante á la punta de un estoque bajo museína:

—Bueno, y la otra?

—¿Qué otra?

—La mujer del de las porcelanas.

Se encogió él de hombros desdeñosamente, y ella no insistió.

Pero un mes más tarde, hablando de honor y lealtad, elogiando él la suya (de una manera incidental, por precaución), dijo ella:

—Es verdad; eres honrado, no vas ya por allí.

Federico; que pensaba en la Mariscala, balbuceó.

—¿A dónde?

—A casa de la señora de Arnoux.

Suplicóla él que le confesara por qué conducto tenía la noticia. Era por su costurera del segundo, la de Regimbart.

¡Así, ella conocía su vida y él nada sabía de la suya!

Sin embargo, había descubierto en su tocador la miniatura de un señor de largos bigotes; ¿era el mismo de que en otro tiempo le habían contado una vaga historia? Pero no existían medios de saber más de aquello. Además, ¿de qué serviría? Los corazones de las mujeres son como esos mueblecitos de secreto, llenos de cajones embutidos unos en otros: se molesta uno, se rompe las uñas, y en el fondo se encuentra alguna flor seca, restos de polvo ó el

vacío. Y quizás temiera también llegar á conocer demasiado.

Obligábase ella á rehusar las invitaciones para sitios adonde no pudiera ir sin él, le tenía á su lado, tenía miedo de perderle; y á pesar de aquella unión cada día mayor, se descubrían repentinamente abismos entre ellos, á propósito de cosas insignificantes, la apreciación sobre una persona, una obra de arte.

Tenía una manera de tocar el piano correcta y dura. Su espiritualismo (la señora de Dambreuse creía en la transmigración de las almas á las estrellas) no le impedía llevar su caja admirablemente. Era altanera con sus servidores, sus ojos permanecían siempre secos ante los harapos de los pobres. Un ingénito egoísmo se manifestaba en sus frases ordinarias: «¿Qué me importa eso? ¿Qué bueno estaría! ¿Tengo acaso necesidad?» y mil pequeños actos inanalizables, odiosos. Sería capaz de escuchar detrás de las puertas; debía mentir á su confesor. Por espíritu de dominación, quiso que Federico la acompañase los domingos á la iglesia; obedeció y le llevaba el libro.

La pérdida de su herencia la había cambiado notablemente. Aquellas pruebas de dolor que se atribuían á la muerte del Sr. Dambreuse la hacían interesante, y como en otro tiempo, recibía mucha gente. Desde el fracaso electoral

de Federico ambicionaba para ellos dos una legación en Alemania; así que la primera cosa que había que hacer era someterse á las ideas reinantes.

Unos querían el Imperio, otros á los Orléans, otros al conde de Chambord; pero todos convenían en la urgencia de la descentralización, y se proponían muchos medios como estos: cortar á Paris en una porción de grandes calles para establecer en ellas pueblos; trasladar á Versalles la residencia del Gobierno; llevar las escuelas á Bourges, suprimir las bibliotecas; confiarlo todo á los generales de división; y se elogiaba el campo, puesto que naturalmente el hombre inculto tiene mejor sentido que los demás. Los odios abundaban: odio contra los maestros de escuela y contra los comerciantes de vino; contra las clases de filosofía, contra los cursos de historia, contra las novelas; los chalecos encarnados, las barbas largas, contra toda independencia, toda manifestación individual; porque; era preciso «levantar el principio de autoridad»; que se ejerciera en cualquier nombre, que viniera de cualquier parte; con tal que fuese la fuerza, la autoridad. Los conservadores hablaban ahora como Sénecal. Federico no comprendía ya; y encontraba en casa de su antigua amante las mismas cuestiones, planteadas por los mismos hombres.



Los salones de las cortesanas (de este tiempo data su importancia) eran terreno neutral donde los reaccionarios de extremos diferentes, se encontraban. Hussonnet, que se consagraba á denigrar las glorias contemporáneas (buena cosa para la restauración del orden) inspiró á Rosanette el deseo de tener sus reuniones como cualquiera otra; él hacía las crónicas. Primero le llevó un hombre sério, Fumichon; después apareció Nonancourt; el Sr. de Grémonville, el Sr. de Larsilloix, exgobernador, y Cisy, que por entonces era agrónomo, bretón y más que nunca cristiano.

Ventán, además, antiguos amantes de la Mariscalá, como el barón de Comaing, el conde de Jumillac y algunos otros; la libertad de sus maneras ofendía á Federico.

Para manifestarse el amo, aumentó el tren de la casa. Tomó entonces un groom, se cambió de alojamiento, y se tuvo un mobiliario nuevo. Aquellos gastos eran útiles para hacer que pareciera su matrimonio menos desproporcionado con su fortuna. Así disminuía espantosamente; y Rosanette no comprendía nada de aquello.

Burguesa salida de su esfera, adoraba la vida doméstica, un pequeño interior apacible. Sin embargo, estaba contenta con recibir «un día»; decía: «Esas mujeres», hablando de sus seme-

jantes: quería ser «una señora de la buena sociedad», se creía de ellas. Rogó á Federico que no fumara en el salón, intentó que comiera de vigilia, por buen tono.

Mentó á su papel, por fin, porque se hacía seria, y hasta antes de acostarse, manifestaba siempre alguna melancolía, como hay cipreses á la puerta de una taberna.

El descubrió la causa de todo aquello: soñaba con casarse; ¡ella también! Federico se exasperó. Además, recordaba su aparición en casa de la señora de Arnoux, y por último le guardaba rencor por habersele resistido tanto.

No por esto dejaba de averiguar quiénes habían sido sus amantes. Ella los negaba todos. Una especie de celos le agitaba; se irritó por los regalos que había recibido, que recibía; y á medida que el fondo mismo de su persona le mortificaba más, con gusto de los sentidos, áspero y brutal, le arrastraba hácia ella, ilusiones de un minuto que se resolvían en aborrecimiento.

Sus palabras, su voz, su sonrisa, todo acabó por desagradarle, sobre todo sus miradas, aquel ojo de mujer eternamente límpido é inepto. Tan hastiado se encontraba á veces, que la hubiera visto morir sin conmoverse. ¿Pero cómo incomodarse? Era de una dulzura desesperante.

Volvió Deslauriers, y explicó su perma-